



GRACIAS A LA CONSTANCIA SALVARÁN SUS VIDAS

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario



LA PALABRA

Mal 3, 19-20a | Sal 97, 5-9 | 2Tes 3, 6-12

Evangelio según san Lucas 21, 5-19

Como algunos, hablando del Templo, decían que estaba adornado con hermosas piedras y ofrendas votivas, Jesús dijo: De todo lo que ustedes contemplan, un día no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido. Ellos le preguntaron: Maestro, ¿cuándo tendrá lugar esto, y cuál será la señal de que va a suceder? Jesús respondió: Tengan cuidado, no se dejen engañar, porque muchos se presentarán en mi Nombre, diciendo: Soy yo, y también: El tiempo está cerca. No los sigan. Cuando oigan hablar de guerras y revoluciones no se alarmen; es necesario que esto ocurra antes, pero no llegará tan pronto el fin. Después les dijo: Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá grandes terremotos; peste y hambre en muchas partes; se verán también fenómenos aterradores y grandes señales en el cielo. Pero antes de todo eso, los detendrán, los perseguirán, los entregarán a las sinagogas y serán encarcelados; los llevarán ante reyes y gobernadores a causa de mi Nombre, y esto les sucederá para que

puedan dar testimonio de mí. Tengan bien presente que no deberán preparar su defensa, porque yo mismo les daré una elocuencia y una sabiduría que ninguno de sus adversarios podrá resistir ni contradecir. Serán entregados hasta por sus propios padres y hermanos, por sus parientes y amigos; y a muchos de ustedes los matarán. Serán odiados por todos a causa de mi Nombre. Pero ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza. Gracias a la constancia salvarán sus vidas.



¿Dónde poner nuestra seguridad?

Los discípulos se sentían orgullosos del magnífico templo que había en Jerusalén. Se lo mostraban a Jesús y le hacían notar la belleza de la construcción, el valor de los materiales, la riqueza de las donaciones... pero la respuesta del Señor cayó como un balde de agua fría: *Todo será destruido... no quedará piedra sobre piedra.*

Todos buscamos seguridad. Al pueblo judío le pasó lo mismo. Nosotros también podemos sentirnos satisfechos y poner nuestra seguridad en cosas materiales, libres de la responsabilidad de vivir nuestra fe.

El orden mundial tampoco es garantía de seguridad. Lo experimentamos todos los días. La inseguridad es una característica de los tiempos que vivimos.

Entonces... ¿dónde podemos estar seguros?



El camino de la verdad

“El camino de la verdad es una exigencia.

Una necesidad vital, es pasión y urgencia.

Germinar la autenticidad, parir tu vida

y en la verdad salir caminando.

Y ojalá que, como Angelelli,

en la ruta quedar gritando.

El camino de la verdad es un crecimiento.

Pero nunca desde la imagen, sí desde adentro.

Entrenar la interioridad —rumiar la Palabra

y la realidad— te transforma el alma.

Ser testigos como Romero:

¡verdad más fuerte que las armas!

El camino de la verdad se recorre unidos:

compartir hace llevadero el duro camino.

Sostener y ser sostenido, partir los panes,

ser una Iglesia que siempre invita.

Y —como el padre obispo Jaime—

¡hasta el último, ir de visita!

El camino de la verdad es una huellita.

Dolorosa es la cuesta angosta, no es autopista.

No tolera duplicidades ni cobardías.

Llevar la Cruz se hace necesario.

Como dijo la Hermana Marta:

‘la verdad tiene su calvario’.

El camino de la verdad es desconcertante:

una santa inseguridad, búsqueda constante.

El Espíritu sopla siempre por donde quiere.

Solo el amor descubre el camino.

Como dice tu propia historia,

tu verdad es ser peregrino.

El camino de la verdad precisa silencio:

un espacio para escuchar voces en el viento.

Acallar la palabrería, querer oír,

no querer huir del Dios que está hablando.

Si hoy escuchas hondo en tu alma,

un camino te está esperando.

Y vamos ya, hermano, vamos ya

de la mano de Jesucristo, por el camino de la verdad”.

(Santa Resiliencia. Contemplando cómo Dios nos fortalece hoy,

Eduardo Meana Laporte, Editorial Claretiana, 2018).



Una invitación a la perseverancia

Muchos piensan que, por ser cristianos, las cosas deberían ir bien. Pero Jesús dice a los discípulos que de una cosa pueden estar seguros: de que van a ser perseguidos. La historia nos confirma que el verdadero cristiano molesta, como ocurrió con Jesús y tantos otros mártires de la justicia.

Jesús nos dice que la única seguridad consiste en saber que estamos en manos de Dios: “yo les daré palabras y sabiduría”. El texto evangélico que nos propone la Iglesia al terminar el año litúrgico es exigente. Trata de sacudirnos para que no nos apoyemos en aquellas cosas que no constituyen ninguna garantía. Nos invita a vivir de tal manera que con nuestra conducta seamos testigos de Cristo y, para eso, Él nos promete su asistencia. Nos invita a la perseverancia en nuestras convicciones, aunque todo alrededor se caiga en pedazos: “por la constancia se salvarán”.

SEMILLERO

Llegamos al último domingo del TO, antes de la solemnidad de Jesucristo, rey del Universo. Con Él, se va terminando de perfilar este camino discipular que, de la mano de Lucas, fuimos recorriendo domingo a domingo. En cada lectura, nos iba revelando un rasgo, una característica del discípulo. Hoy nos invita a seguir caminando “a pesar de” y “gracias a” la realidad que nos rodea: el discipulado trasciende el tiempo y el lugar.

Este aporte nos llama a mirar hacia atrás y reconocernos peregrinos, caminantes, discípulos que siguen andando, con constancia y en comunidad, junto a otros y otras.

Caminar y perseverar: ser peregrino

“Quiero hablarte acerca de la definición más antigua del hombre que hemos dado los cristianos a partir de la experiencia de nuestra fe.

Los santos Padres llaman al hombre *Homo viator*, el hombre viajero, el peregrino.

Desde el día en que Jesús salió a tu encuentro y te miró con amor mientras iba de camino, te transformó en un caminante.

Te sacó de la postración, de la quietud y de la inmovilidad. Te puso de pie y comenzaste a seguirlo, a caminar detrás de Él como discípulo, te volviste un caminante.

Sabes que en los Hechos de los Apóstoles se llama a los cristianos los hombres del camino.

Pero se puede caminar de muchos modos. Podemos salir de paseo a ver vidrieras, a tomar un poco de aire, podemos caminar por prescripción médica o para hacer ejercicio o distraernos. Caminamos cuando vamos a trabajar, estudiar o a realizar nuestras tareas.

Se puede también caminar sin ir a ninguna parte por estar extraviado o haber perdido los puntos de referencia en un bosque o en un desierto. Podemos caminar en círculos y cansarnos inútilmente sin llegar a ningún lado.

Pero podemos también caminar con sentido.

Tú caminas siguiendo a Jesús y eso te hace discípulo.

Caminas hacia una meta que es la casa del Padre, la Jerusalén celestial que te espera.

Y eso te convierte en un peregrino.

¡El peregrino sabe a dónde quiere llegar!

Ha recibido indicaciones para su viaje, recorridos, mapas, guías y muchas veces también hay alguien que lo va conduciendo.

Pero en el camino que has comenzado no estás solo. Aquel que te llamó, te regaló también hermanos, compañeros de peregrinación.

Y eso te hace parte de un pueblo, de una Iglesia que peregrina en conjunto hacia su meta que es el banquete de las bodas del Cordero, la fiesta de la espera.

Este aspecto de la vida humana revelado por el Señor ha hecho que los cristianos hayamos dado esa definición de hombre tan distinta de la del ‘hombre económico’, el ‘animal racional’, el ‘hombre fabricante’ o ‘jugador’ o ‘hacedor’.

El cristianismo ha definido al hombre como peregrino.

Y lo propio del peregrino es que sabe de dónde salió y adónde quiere llegar. Tiene una meta para su peregrinar.

El peregrino no deambula por la vida, camina hacia el encuentro con el Señor que viene.

La conciencia y la experiencia de ser peregrino expanden tu alma dándote un gran sentimiento de libertad a pesar de los esfuerzos de la marcha”.

(Caminar como discípulos, Fray Alejandro Ferreirós, Editorial Claretiana, 2011).
